

LEA VÉLEZ

La hija de Gardel

CONTRALUZ



Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Lea Vélez, 2024

Representada por la Agencia Literaria Dos Passos

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-18945-74-8

Depósito legal: M. 33.605-2023

Printed in Spain

El lenguaje de la verdad debe ser, sin ninguna duda,  
simple y sin artificios.

SÉNECA



## Tras el titular

*Año 2003*

El hombre entró en el Parque de los Pueblos de Guernica acompañado por su perro. Las sombras envolvían la *Gure aitaren etxea*, suavizando sus laterales de hormigón. A través de la ventana abierta por Chillida en la escultura, el hombre que empezó su vida llamándose Martín, que ahora se hacía llamar Rodolfo Lazárate y que, por supuesto, no estaba allí para sacar al fresco a su mascota, vio centellear un cigarrillo. Habló bajo, en euskera, pero el dueño del rescoldo no respondió. Lazárate alzó la voz y, esta vez en castellano, pronunció la pregunta en clave que había de ser respondida por el empresario vasco con una contraseña:

—¿Qué horas son estas de tomar el aire?

Una vez más, el hombre que aguardaba tras la escultura guardó silencio. Rodolfo Lazárate creyó que el terror le habría estrechado la garganta. Era habitual que los empresarios enmudecieran en la noche de la entrega. Convinco de que este era el caso, dio la vuelta a la masa de hormigón hasta reunirse con él. No era Gorka Martínez. Conocía ese rostro desde hacía más de veinte años. Ro-

dolfo tardó unos instantes en comprender. Al hacerlo, ahogó un gemido y se giró con urgencia, tratando de salvarse entre las sombras de aquellos ojos azules que tan bien conocía. No pudo. Antes de morir creyó ver el fogonazo de la pistola, pero fue una ilusión. La bala entró por la nuca. Ejecución militar. Su perro salió corriendo entre los árboles.

El asesino se marchó con la tranquilidad con la que había llegado al parque. Cojeaba un poco. Media hora más tarde, el teletipo de agencia llegaba a todas las redacciones. Aún están a tiempo de cambiar el titular de portada:

EFE. 02:30. ETA asesina a un periodista en Guernica. Rodolfo Lazárate, conocido en la profesión por sus reportajes en favor de los derechos humanos, ha sido asesinado esta madrugada de un disparo en la nuca mientras paseaba a su perro junto al monumento a la paz.

El comunicado de EFE relataba los hechos telegráficamente, sin muchos detalles sobre la víctima. Se aseguraba que era un periodista *conocido en la profesión*. ETA acababa de asesinar de nuevo y la otra mitad de la noticia, el último caído, era un nombre sin rostro.

En las redacciones de los periódicos pronto se logra averiguar algo más de él. Lazárate tenía cuarenta y dos años, nació en Uruguay, de padre vasco, y estaba comprometido con la izquierda. En España había escrito va-

rios reportajes sobre las dictaduras en Chile y Argentina. Uno de ellos hablaba de la Operación Cóndor; otro, de un falsificador de un centro de represión en Buenos Aires, y también había escrito unas interesantes investigaciones sobre la causa abierta por el juez Garzón a los ex-militares argentinos. Notas biográficas: cero.

## Los habitantes de la Atlántida

*Año 1999*

La muchacha estaba en la calle. Fernando seguía asomado a la ventana lateral, pensando en ella, escrutando sus movimientos. Era la última que encallaba en su orilla.

En los casi veinte años que llevaba en Madrid, se había topado con más jóvenes como aquella, pero desde el 93 nadie lo había forzado a revolver en su pasado. Cada oleada era igual pero peor. Una erosión contraria a la memoria.

La muchacha encendió otro cigarrillo con la colilla aún humeante del que acababa de apurar. Estaba nerviosa. De cuando en cuando, miraba hacia el portal del hombre al que vigilaba, el mismo que la espiaba desde la ventana lateral.

«Es de las comprometidas», se dijo Fernando. «¿Qué motiva a esta muchacha? Da igual que me aleje seis mil kilómetros o seiscientos. Siempre vuelven, empujados por las mareas y las corrientes. Son los restos de un naufragio de treinta mil pedazos. Vuelven suaves, a veces, mecidos por las incógnitas. O quizá son ellos las olas de un mar permanente —pensó—. Unas veces sacan su



fuerza desde el Río de la Plata, atravesando el océano, y otras, de un leve batir que nace en cualquier calle de cualquier ciudad, que no por ser más suave permite el descanso.» Esta joven era de las que cruzan el mar.

Casi todos los que se acercaban a él lo hacían para vengarse; los menos, para buscar la verdad. Porque esa cosa llamada verdad ¿qué es? Cien puntos de vista, ¿una realidad fragmentada, hecha pedazos, es real?... No existe hombre o mujer que pueda juntar todas las piezas y entender lo sucedido.

Para todos los que no han vivido los años oscuros, la única verdad está grabada en la piedra y reza: «Fernando Carredo es un asesino y un traidor».

—¿Mi vida entera se puede resumir en esa frase? —dijo, entre dientes. «Sí —pensó—, porque no buscan saber, sino confirmar. Ya conocen la historia. Les corre por las venas y llevan los bolsillos llenos de trozos de barro en los que se lee mi nombre junto a las palabras Traidor. Asesino. Criminal.»

Sostenía el visillo para espiarla mejor. Estaba sentada en la terraza del bar de Leopoldo. Allí le conocían, le estimaban, y tal vez pronto Leopoldo y su hija Begoña pensasen también que era un asesino. Ya había sucedido lo mismo cinco años atrás. Tuvo que cambiar de barrio y de nombre porque las Madres de Plaza de Mayo y otras asociaciones de desaparecidos empezaron un molesto acoso después de su desagradable encuentro con Rodolfo Lazárate en la Gran Vía.

Si la muchacha que ahora hacía guardia en la calle pertenecía a una de esas organizaciones y empezaba otra campaña de acoso, tendría que irse y arrastrar a Alicia a una tercera vida. Ya estaba cansado. A sus cuarenta y ocho años, ya estaba agotado de parar las mareas con las manos. Quería hundir los pies en la arena húmeda de la orilla, sentir la ola trepar por los tobillos y el agua deslizarse de nuevo hacia el mar con ese delicioso taladrar de la fina arena en los talones. Esos finos pinchazos placenteros que lijaban sus preocupaciones.

La joven tomaba una Coca-Cola detrás de otra. Era adicta a la cafeína y al tabaco.

«Me miró al pasar», se dijo, preocupado.

Era menuda, de pelo castaño con bucles perfectos. Una pintura de Botticelli. *Simonetta*.

«Es una pequeña obra de arte que, al hundirse la carabela en la que viajaba, ha cruzado el mar flotando en el agua salada. Otra náufraga empujada por las corrientes. Llegó a mi orilla y la marea nunca la devolverá al lugar de partida.» Un retrato de Simonetta. A eso le recordaba la desconocida de las Coca-Colas que fumaba sin parar.

La muchacha sacó otro paquete de Fortuna de su bolso después de arrugar el anterior y él recordó sin querer las palabras que Alicia pronunció tras la persecución del 93:

«Somos como dos papeles que alguien arrancó de una libreta. Los arrugaron con saña, los arrojaron al viento. Podemos alisarlos de nuevo, hasta ver que son eso, dos cuartillas de papel, pero, por más que los aplanemos con las manos, las marcas van a seguir ahí. Aunque pasemos

la vida entera tratando de aplanarlos, nunca seremos capaces de conseguirlo.»

Fernando quería a Alicia, confiaba en ella, pero tampoco a su mujer le había contado tantas y tantas cosas sobre lo ocurrido en los años de «la lucha». La auténtica verdad. La que le gritaba el cuerpo cada vez que las cicatrices de su pecho se miraban en el espejo. ¿Se estaría acostumbrando a ellas? ¿Habría manera de borrar las arrugas del papel? El viento se llevó rodando por la acera el paquete vacío de Fortuna.

Alicia llegó a casa a las diez. Simonetta ya se había marchado de su lugar de vigilancia.

—¿Qué tal la película?

—Muy buena. Un poco deprimente, pero me gustó.

—Pues si deprime, no me la cuentes. Hoy he tenido un día muy largo.

—No estuvo tan mal. Al final mueren todos los malos, que es lo menos que se puede pedir. ¿Ha pasado algo en el trabajo?

—No. Uno de esos días, ya me entiendes —dijo Fernando.

Alicia notó en sus ojos la melancolía que a veces le manchaba la mirada. Ella no sabía nada de la madona naufraga del bar ni de que el pasado estaba a punto de llamar de nuevo a su puerta, pero su instinto era afilado. Recordó las palabras de su marido cuando en el 86 ella trató de animarle a que declarara, igual que antes lo habían hecho muchos más:

«—Alicia, no me quieres entender. Si no hablo de lo que pasó no es por miedo a la cárcel ni porque piense que la pesadilla volverá a empezar. Es porque no tengo derecho. Yo maté a gente. Ayudé a que les robaran y les destruzaran. Soy el malo de la película.

»—Solo el bueno de la película diría que es el malo.»

Alicia no sabía qué rumiaba Fernando, pero lo conocía a fondo. Se acurrucó junto a su pecho en el mullido sofá. Él la besó en la frente. La abrazó. Ella se quedó así, mucho rato, sin moverse. Su instinto nunca le había fallado antes y las caricias de Fernando la convencieron de que algo estaba sucediendo, pero, como otras muchas veces, no se atrevió a preguntar.

Luego hicieron el amor. Alicia gimió de placer, pero era un orgasmo fingido. Una mentira más con la que trataba de sentirse unida al hombre que la salvó del horror. No podía decirle que la película deprimente en la que morían los malos le recordó a Garmendi. Que el dueño de su cuerpo a veces seguía siendo un oficial rubio, alto, de ojos azules y cuerpo de atleta que esclavizaba sus sueños y sus noches con una presencia constante. Que sentía sus manos sobre sus pechos cuando Fernando la acariciaba y que, tras más de veinte años, se alzaba a su lado, marcial, en pie, sellando sus labios igual que aquella primera vez en el cuarto de calderas. No podía confesarle a su marido que había dejado de ser una mujer para convertirse solo en un cuerpo inerte mecido por las olas frías del Atlántico y que sus besos aún le sabían tan salados como el metal de su pistola.